

IV CERTAMEN LITERARIO APOLOYBACO. OCTUBRE DE 2009

1º Premio de Poesía Apoloybaco

LA LUZ NO USADA

LEMA: Axataf

*“Tus ojos son de donde
la nieve no ha manchado
la luz...”*

L. CERNUDA

-Convento de San José-

VENTANALES sin marcos, alboaires
que venían del sueño a la materia,
hacia una austeridad desconocida.
Morada al fin,
exacto contrapunto
donde resucitaba
cualquier haz de esplendores apagados,
ofrecía su planta sin fisuras.
Las piñas de mocárabes
daban al corredor una largueza
que en ciernes se tocaba
con la lívida franja vespertina.
Mariposas y pájaros
bordaban su aleteo
sobre el tapiz umbrío de una parra,
mientras el tiempo era
sólo causa visible para formas
aún intactas, como otro camino
de perfección apenas iniciado.

-Zoco sevillano del S. XIII-

AJIMEZ constelado
por las noches de estío, sal oscura
que en brisa ribereña se aproxima
a un lienzo de humedad
donde perece.

Aún ondea la grana
al fondo siena de los murallones,
la luna en los costeros
de una plaza con toldos,
y el calor más antiguo se venera
como deidad en íntimo salterio.
Pronto será de día.

El zoco va llenándose
de especieros y enjutos vendedores
cuya seda convoca a la vainilla.
Este fiel del verano
divide la belleza en dos auroras,
ambas acostumbradas a colgarse
de paredes calizas y almagreras.

-Convento de Santa Inés-

EL silencio del coro a mediodía
se acomoda en la fuente,
sobre losas de barro y balaustres,
mientras ígneos destellos
quiebran la umbría armónica del patio.
No es fácil presagiar
lo que acontezca
cuando un lucero envíe querubines
a la hora violeta, ni se puede
dar voz al firmamento
si el órgano reposa
contenido en su tarja de rocallas.
Las sombras primerizas
afinan los grutescos, envaguecen
blancuras sin retorno,
tiempo calmo
para tocar el aire de la espera.
Que no ha llegado aún Maese Pérez.
Que el teclado confía en lo divino.

-Convento de Santa Paula-

UN claror ambarino
descendía al templado refectorio,
junto a los bodegones que formaban
su sagrada familia.
Ana de Santillán tuvo carácter
para encontrar la tierra
donde darse una muerte
poco profunda,
sólo lapidaria,
aunque hurtase nobleza del conjunto
que ataviaba sus restos.
Una orden jerónima,
el tímpano del arco, siempre en clave
blanca, azul y amarilla,
la doble galería porticada,
ofrecían su paz
como jazmines
en una ceremonia de abandono
a aquella perfección de la clausura.

-San Bernardo-

TENDÍA el arrabal su limpia estampa
de huertas y molinos
a los pies de la iglesia.
Andaba la ciudad
inmersa en horizontes suntuosos,
tras una advocación
de lealtades,
cuando a extramuros era
más cálido el sosiego,
más noble el agua de la Puentequilla.
No obstante, dominaba una silueta.
Aquella concordancia
entre linterna y cúpula,
altares y crucero,
irrumpía en el cielo cristalino
brindando sus medidas,
las únicas posibles de llamarse
capote de paseo.
Cuajaba el arrabal una leyenda.

-Entrega de Sevilla a Fernando III-

PUESTOS a oír, valía la palabra
de Axataf, su concierto
de sumisión en tono precavido.
Hubo altura de iras,
indulgente firmeza
para no decaer en lo sagrado.
Y así, por compromiso
con su sabia verdad,
Fernando abría
las puertas del ensueño
más hermoso que un hombre respirase
antes de contemplarlo.
Tuvo el amanecer otra postura
sobre la barbacana,
libre del enemigo
que sentía partir hacia su historia
jamás rendida, siempre
entregando unas llaves,
pero no la amargura de perderlas.

-Colegiata de El Salvador-

CLARO dulzor invicto de arreboles,
perdida colegiata
donde su mármol cita caracteres
de un año de la hégira.
No ha subsistido, sólo
compone la estatura
que se espera de tanta nombradía,
visión desde las bóvedas
reflejada en mecido campanario.
Sin embargo, el altar
derrama plata,
mientras un largo culto
acoge su pasión inadvertida
por el traslado mismo hacia lo eterno.
Alto clamor ungido del barroco,
templo primaveral
sin otra solidez que los reflejos
de unos cinceles malvas
tallándole la luz cuando atardece.

-Convento de San Leandro-

EL metal repujado
cede lustres al torno, mientras gira
sintiendo que unas yemas
se posan sobre él, con otras artes
diferentes, lejanas del manejo
soñador de Martínez Montañés.
Anónima es la cal
donde convergen
los destellos de la iconografía;
quimérico el rubor
de un parentesco
entre cutis de ángeles,
y, tal vez, ilusoria
la fijación a su única portada.
Pero no se contempla la armonía
si carece de espejos
donde ir deteniéndose, flamante,
aceptando el cumplido
que una gubia invisible le dedica.

-Sevilla medieval-

NUNCA las yeserías se enlucieron
de igual manera,
ni los matacanes
coronaron tan gráciles murallas.
Eran días sin tiempo,
con añiles y malvas adheridos
a lonjas y mesones,
pendientes de pasar como unos tardos
capítulos cercados por su gloria.
Junto a la torre de San Isidoro
y al arco de Alatares,
se instalaban borrosos mercaderes
destinados al óleo
de otros cuadros aún más impasibles.
Siempre quedaron huellas
por las que comprender a cuánta altura
anidaron los siglos,
o de qué frialdad se revestía
un entorno capaz de ser humano.

-Convento de Santa Clara-

NO estaba allí,
no estaba aquel olvido
que tantos descendientes ha legado,
ni movían las horas
el rumbo de una tácita tiniebla.
Quién, si no, partiría
tan lejos como el grito
de un vencejo al final de la jornada,
cuando la sombra deja
de gotear sin pábulo
por el cirial más viejo y ominoso.
No estaba, no. Podría
haberse detenido en los fanales,
en la techumbre angosta,
pero quiso dejar para otro siglo
su apostura turgente
y su fin modelado entre las rejas.
Quién, sino el tiempo,
es tan infiel a todo cuanto huye.